

»pulos; escíbeme una lista de otros nombres; digo,
»los de provecho que haya en ellos, yo avisaré des-
»pues lo mejor que Dios me inspire.

Mi suerte estaba echada: ¿quién resiste á la fatalidad, ó sea al arcano de la providencia que eslabona los actos de la vida? Reusando ser ministro, me encontré sometido á todo el peso de aquel cargo, frente á frente de los nuevos riesgos asombrosos que se preparaban á la Europa. Ceballos fué nombrado, y el ministro Caballero autorizó el decreto: uno y otro, despues de siete años acabaron por venderme.

CAPÍTULO V.

De la guerra de Portugal en 1801.

Mis antiguas previsiones sobre los grandes compromisos en que el Portugal debia ponernos con la Francia, se cumplieron finalmente como yo tenia anunciado á Cárlos IV tantas veces. Despues que se empeñó aquella guerra capital con que la Francia y la Inglaterra, disputándose el poder del mundo, arrastraban á la Europa entera en su querella; para España no habia otro medio de sacudirse de ella y mantener su independenciam entre una y otra, sino sacrificar los miramientos de familia á su propia seguridad, sometiendo el Portugal á la ley de su po-

lítica, cerrando aquel portillo á la Inglaterra, y quitando á la Francia los motivos y pretextos de enredarnos en sus guerras sobre el suelo de la Península. Hubo un tiempo en que la España pudiera haberlo hecho sin que la Francia se mezclase en esta empresa que á nosotros nos tocaba solamente. De parte de la Francia, mientras gobernó el directorio acosado por las guerras interiores y exteriores, la ocupacion del Portugal por nuestras armas, lejos de causarle celos, se habria mirado entonces por aquel gobierno con los mejores ojos, por el interes y la ventaja de tener á sus espaldas una nacion amiga y poderosa que le daria seguridad al occidente y mediodia, favorecida á la redonda su navegacion y su comercio. Nos sobraron los medios en aquella época para invadir el Portugal y añadirlo á la corona, ó conservarlo en prenda mientras durasen los peligros y trastornos de la Europa. Hecho asi, la Inglaterra sobre las privaciones y desastres que habria sufrido su comercio, habria perdido el puente que tenia en Portugal para inquietarnos y comprometernos, mientras quitada de esta suerte con la Francia toda ocasion de pretensiones y de encuentros para en adelante, y agrandadas nuestras fuerzas, la monarquía española habria sido doblemente respetada á la otra parte de los Pirineos. Si la conservacion del estado es y debe ser siempre la ley suprema y la primera entre todas las atenciones del gobierno, la ocupacion del Portugal, vecino peligroso que podia acarreararnos

de mil modos nuestra ruina, y enemigo nuestro solapado, era una empresa justa que aconsejaba la política, aun sin mediar la circunstancia de haber sido en otro tiempo una provincia nuestra, doble motivo sin disputa en tales circunstancias para resucitar nuestro derecho y someterle nuevamente. Para desgracia nuestra, en la moral de Carlos IV no encontró cabida este sistema de política, y esperando allí donde tenia una hija, que el gabinete portugués se vendria á buenas con nosotros, llegó el dia en que el remedio que estuvo en nuestras manos cerca de cuatro años, vino una mano agena á pretender cumplirlo, intentando hacer suya y agitar en su provecho una empresa que debia ser nuestra enteramente sin que se mezclase en ella un extranjero.

Bonaparte, firmados ya en Paris por el conde Saint Julien los preliminares de la paz entre la república y el Austria, vió frustrada su esperanza y humillado su orgullo, cuando el gabinete de Viena, negándose á ratificarlos, exigió que la Inglaterra fuese admitida en el congreso donde deberia tratarse de las paces. Mal que le pesase acceder á aquella pretension, siendo su interes entonces afirmar su poder procurándole á la Francia una paz tan deseada, consintió en la admision de la Inglaterra, visto lo primero, que el emperador de Alemania se encontraba ligado por el ajuste de subsidios á no tratar sin ella, y lo segundo porque admitida la Inglaterra, esperó obtener de ésta un armisticio, durante el

cual le seria dable socorrer á Malta y al Egipto. Pero el gobierno ingles se negó á toda tregua que pudiese malograr la rendicion de aquellos puntos, y despechado el primer cónsul, repasando en su mente los recursos con que podria estrechar á la Inglaterra, se acordó del Portugal y se propuso hierla en aquel lado que le era tan querido. Sobrábanle motivos por desgracia para justificar aquella empresa. Sin necesidad de fechas largas, aun sin tener cuenta al gabinete portugues de su conducta desleal, cuando en 1797 se negó á ratificar el tratado ventajoso que por la mediacion de España consintió el directorio (1), y aun sin hacerle cargo del constante

(1) El tratado fué tan favorable que el gobierno portugués no quedó obligado á otra cosa que ha observar una estricta neutralidad entre la Francia y la Inglaterra. Y el favor fué tal, que sin exigir del Portugal ninguna preferencia en favor del comercio de la Francia, le otorgó el directorio que pudiese mantener con la Inglaterra sus tratados y habitudes de comercio sin ningunas restricciones, visto que el consumo de sus vinos y otras especies suyas comerciales no podria tener igual fortuna, en sus cambios con la Francia, á la que disfrutaba en Inglaterra. Igual desinterés le mostró el directorio en la designacion de nuevos límites en las Guayanas. Hecho asi, la Inglaterra que queria un aliado, y no un neutral, puso el *veto* al ministerio portugués, y la España y la Francia sufrieron el desaire. Esta quiso vengarle, y Cárlos IV paró el golpe todo el tiempo del directorio. De esto tengo hablado largamente en la primera parte.

abrigo que tenia en sus puertos la marina inglesa para dañar á la de la Francia, bastábale tan solo á Bonaparte traer á su memoria que en Abukir habia visto la bandera lusitana, y que una escuadra portuguesa ayudaba entonces mismo á la Inglaterra para batir á Malta. En tales circunstancias, no ignorando por otra parte que el comercio español sufría tambien la deslealtad de aquel vecino ingrato, que la marina inglesa, abrigada en sus puertos, se surtía allí y se amparaba para caer por todos lados sobre nuestras costas, para bloquear nuestros puertos y establecer cruceros á su salvo, se dirigió á la España proponiéndole un concierto para obligar al Portugal á separarse de la nacion británica y á cerrarle sus puertos. Dado el caso que ni la persuasion ni la amenaza fuesen parte para reducir aquel gobierno, proponia obligarlo, sin mas contemplacion, por la fuerza de las armas hasta la extremidad, si se hacia necesario, de ocupar todos los puertos y una parte de aquel reino con las fuerzas combinadas españolas y francesas, todo el tiempo que podria durar la guerra con la Gran Bretaña.

La pretension de Bonaparte estaba concebida de tal modo que no podia negarse razonablemente. Circunspecto y medido en su demanda, renunciaba á vengarse de los Portugueses, si cedian en fin á las instancias de los dos gabinetes; la guerra era lo último. Como aliados de la Francia nos pedia nuestro concurso en una causa donde el interés era mayor

de nuestra parte, mucho mas vulnerables que la Francia por la vecindad de aquel reino vendido á la Inglaterra: como lo pedia el decoro de nuestras armas en nuestra propia casa, nos proponia ser gefes de la empresa, quedando la Francia de auxiliar nuestra solamente. Todavia, si doblgando su interés la España á relaciones de familia, preferia abstenerse de tomar parte con la Francia en aquella demanda, dejaba á nuestro arbitrio mantenernos neutrales, y pedia el paso inofensivo, que en tales circunstancias, entre amigos y aliados, era de justicia concederse. Habia respeto hácia nosotros en el modo de la propuesta, y habia tambien astucia; mas de aquel género de astucia que, rogando ó proponiendo, deja intacto el honor de una potencia independiente: pocas veces y con pocos gobiernos usó Napoleon tantos cumplidos. Cuento esto por los que dicen que Bonaparte envió sus órdenes á nuestra corte para hacer aquella guerra. Mr. Viennet ha escrito «que Luciano Bonaparte, al uso de la »antigua Roma, fué á Madrid á intimarlas de parte »de su hermano (1). »Escribo por fortuna entre

(1) En el *Diccionario de la Conversacion* artículo de *Badajoz*, tomo IV, pág. 46. Despues de referir la oposicion que hizo España al directorio sobre darle paso para invadir el Portugal, sigue asi Mr. Viennet: «Pero una »voluntad firme habia sucedido en el gobierno francés á »la blanda exigencia de los cinco directores de la república. El vencedor de Marengo, fortificado por la victoria

contemporáneos. Nunca vió Madrid en los dias de la república francesa un enviado de la Francia tan urbano y comedido como lo fué Luciano Bonaparte, ninguno mas ageno de palabras y acciones del orgullo republicano. En todo el largo curso del asunto de Portugal no desmintió un instante su modestia, su respeto á la justicia, su deseo de la paz y su propósito, que mostró desde un principio, de terminar aquel negocio á contento de la España, igual en todo su excelente secretario Mr. Felix Desportes. Tal conducta era un motivo que hacia mas difícil desechar la demanda de que venia encargado, y el enviarle Bonaparte, que conocia mejor que nadie las

»de Hohenlinden, no consintió sufrir mas tiempo que el »Portugal fuese una provincia de Inglaterra.» (*Hasta en las fechas se engaña aquí Mr. Viennet, puesto que la batalla de Hohenlinden fué ganada en 3 de diciembre, y que un mes antes, en noviembre, Bonaparte habia ya dirigido sus proposiciones al gabinete de Madrid.*) («Ni »aun esperó Bonaparte, sigue Mr. Viennet, á tener concluidas las negociaciones de Luneville. En cuanto los »progresos de Moreau le fueron conocidos (*no se habia »aun denunciado el armisticio*) hizo partir á su hermano »Luciano para Madrid, y *este embajador, á la usanza »de la antigua Roma, llevó allí las órdenes del primer »cónsul.*»

Muchos son los lugares todavía de este artículo de Mr. Viennet donde me veré obligado á hacer notar la ligereza, y lo que es mas, la falta de crítica, de buena fé y de lógica con que llevó en él su pluma el soberbio académico.

excelentes prendas y el carácter conciliador de aquel hermano suyo, fué una astucia mas de su política. Entre su comitiva hizo venir algunos sábios y literatos de la Francia que fraternizasen con los nuestros: nuestra academia de la lengua oyó á Mr. Arnaud pródigo de lisonjas al monarca español y al pueblo castellano: artificios sin duda de la política francesa, pero prueba manifiesta de que el primer cónsul de la Francia no envió órdenes á España como ha escrito Mr. Viennet.

Don Mariano Luis Urquijo, que aun regentaba el ministerio cuando llegó Luciano, dió principio á los oficios amigables con el gabinete de Lisboa. Se juzgaba imposible que el gobierno de Portugal en presencia de los peligros que amagaban aquel reino, no cesase ya despues de tanto tiempo de abusar de la paciencia de la España y de la Francia. Mas la Inglaterra dominaba siempre en sus consejos, y fiado en sus promesas se negó á romper con ella, pretextando siempre el riesgo de que aquella potencia invadiese sus colonias y le tomase sus escuadras. La afliccion del rey fué profunda, visto ya que la guerra era forzosa y que nada se hallaba preparado, el ejército disminuido, nuestro tesoro exhausto, el crédito arruinado, la tropa mal pagada, la caballería desmontada la mas de ella, y el material de guerra olvidado enteramente y malparado en nuestros almacenes y arsenales. Tal era entonces el estado de la España á quien yo habia dejado un ejército brillan-

te; tal el descuido de las armas en un tiempo en que dejarlas de la mano equivalia á sufrir la ley de la Inglaterra ó de la Francia. ¿De qué manera concurrir con esta última á una guerra, donde el honor de la nacion y la seguridad del reino exigia de rigor que la parte principal de aquella empresa fuese nuestra enteramente? todos los generales se excusaban de tomar el mando del ejército sin que el servicio de él se encontrase asegurado; todos los inspectores de las diferentes armas, visto el estado en que se hallaban, pedian plazos dilatados para ordenárlas y ponerlas nuevamente bajo el pie de guerra y lucimiento que exigia la concurrencia con los ejércitos franceses.

Sucedió en tanto la separacion de Urquijo, no, como ha escrito Mr. Viennet, por mostrarse contrario á los designios de la Francia, para la cual no tuvo nunca un *no* en todo el tiempo que se halló á la cabeza del gobierno; ni porque hubiese entonces dos partidos en la corte que luchasen, uno por él y otro en favor mio; menos todavía porque Luciano Bonaparte me apoyase con el rey, porque á mi vez apoyase yo á la Francia. La amistad de mis reyes con que desde un principio me ví honrado hasta su muerte, no pendió nunca de partidos ni de influencias extrangeras: esto no hay nadie que lo ignore. Lo que ha escrito M. Viennet, lo ha escrito así por haber consultado solamente los chismes y rincones de la imprenta cotidiana, porque en su artículo de

historia sobre la paz de Badajoz, nada importaba la verdad donde su objeto ó su mandato era zaherirme solamente. Yo he dicho ya en el capítulo anterior lo que de pocos fué ignorado en aquel tiempo sobre la desgracia del ministro Urquijo. Yo no quise entrar en lugar suyo, ni de nadie, para tomar las riendas del gobierno, como el rey deseaba; yo no queria la herencia ni el sembrado de espinas que Saavedra y él habian dejado detras de ellos. En medio de esto Carlos IV, á quien no debia rehusar por ningun motivo mis consejos, me encargó buscar salida honrosa á campo ancho de entre las estrechuras en que se veia el estado. Habia ya consultado muchas veces con sus mejores consejeros, tenia algunos pareceres por escrito; los encontraba unánimes. Convenian todos en afirmar, que no habia medio alguno de negar ó evadir las propuestas del primer cónsul, y que la concurrencia de la España á aquella guerra era de esencia necesaria, lo primero por nuestro honor que no estaria bien puesto, dejando al extranjero invadir solo el Portugal y dictar allí sus leyes á medida de su deseo sin contar con nosotros; lo segundo, por seguridad propia nuestra, visto que si la España rehusaba concurrir á aquella guerra, el número de tropas que arrojaria la Francia en la Península, por necesidad mas crecido, mas autorizado, y lo que seria peor, independiente de nosotros, nos pondrian en contingencia con un hombre como el primer cónsul de la Francia, cuya lealtad

y buena fé no era un artículo probado en los antecedentes de su vida; lo tercero, en fin, porque siendo la España la primera y principal en la gestion de aquella guerra, y la Francia auxiliar nuestra solamente, el derecho al mando seria nuestro solamente, se evitarian las demasías de las tropas extranjeras, y la política francesa se encontraría mas obligada á proceder de acuerdo con la nuestra. Uno de estos informes, el mas grave y mas fundado, y extendido por escrito, fué el del conde de Campomanes. Decia en él que nada hallaba nuevo, ni mucho menos de extraño ó de violento en las pretensiones de la Francia; referia el caso idéntico que se ofreció en España, cuando por el año de 1762 se unió Carlos III con la Francia para obligar al Portugal á romper su union con la Inglaterra; juzgaba que era un medio de salud para la España someter de una vez el Portugal á la ley de su política, hacerle resolverse de una vez á correr igual suerte con nosotros en la conservacion de sus colonias, procurarle ventajas comerciales con España y Francia, y obligarle á entrar en la alianza contra la Inglaterra, ó conquistarle de una vez y hacerle nuestro, como lo fué ya antes, si se hallaba incapaz de existir por sí mismo como nacion independiente; y que provincia por provincia, si habian de ser de la Inglaterra ó de la España, nuestra posesion geográfica exigia que fuesen nuestras. En cuanto á medios para emprender la guerra, todos los consejeros pro-

ponian un nuevo empréstito, como pudiera negociarse lo mas pronto y con menos gravámen del erario. Campomanes añadia que podria tal vez hacerse con ventaja hipotecando los caudales detenidos en la América, á pagar allí á los prestamistas nacionales ó extranjeros como pudiese convenirles; que mientras se adquirian estos medios y se ordenaban nuestras fuerzas, se debia retardar el rompimiento proponiendo á la Francia un plazo mas distante para emprender la guerra, y negociando en tanto con los portugueses, sin exasperarlos á tal punto que tomasen la delantera para armarse y defenderse.

En cuanto á mí, consultado por el rey, desde un principio le habia dicho, que la guerra propuesta por la Francia no podia excusarse, si los medios diplomáticos no alcanzaban para traer á la razon los portugueses. Visto luego que ninguna persuasion habia alcanzado para hacer desistir aquel gobierno de su amistad con la Inglaterra, mi dictámen fué no tan solo hacer la guerra, sino precipitarla y emprenderla por nosotros sin esperar á los franceses, reuniendo nuestras fuerzas tal como se hallasen, y supliendo por el valor y la lealtad de los soldados españoles los medios que faltaban para entrar en campaña á toda prisa. Los motivos que yo ofrecia para obrar de este modo los diré brevemente.

Tanto como yo abundé otras veces en proponer al rey nuestra necesidad de someter el Portugal y hacerle nuestro, ó á lo menos de ocuparle hasta la

paz marítima mientras pudimos realizar esta medida por nosotros solos sin que la Francia se mezclase en ella, otro tanto me parecia arriesgado acometer la misma empresa con la asistencia de la Francia. La ocupacion de Portugal, emprendida con las fuerzas combinadas de las dos potencias, era asunto de pocos dias, cierta enteramente la conquista de aquel reino; mas la Francia proponia guardar los puertos del Portugal con sus armas y las nuestras. He aquí pues, si esto se hacia, obligada la España á tener abiertas sus fronteras á las tropas francesas, y á darles paso franco y rutas militares tanto tiempo como tardase la paz con la Inglaterra, sin poder preverse por entonces cual seria esta época, ni la duracion y el carácter que podria tomar aquella guerra, si mas pronto ó mas tarde acudian los ingleses á vengar á sus aliados. En el tiempo que una familia misma, unida estrechamente por los vínculos de la amistad y el parentesco, reinaba en Francia y en España, no habria habido que temer ninguna cosa de la parte de aquella; mas con el dictador que tenia á su cabeza no quedaba mas garantía que su voluntad buena ó mala, voluntad ambulante que á cuanto podia, á otro tanto se arrojaba casi siempre, y que jamás se contenia en un designio solo, cuando le ofrecia la fortuna los medios de extenderlos. De un solo ovillo nacia mil en sus proyectos colosales, sin que tuviese cuenta con los medios, por injustos y violentos que estos fue-

sen, para llegar al fin de su política: su carácter, probado ya en Malta y en Venecia, no se apartaba de mis ojos. Y aun suponiendo todavía que por aquella vez respetase su palabra y sus deberes de aliado, se sabia bien que Bonaparte no era de modo alguno escrupuloso en disfrutar á sus amigos, en cargarles sus tropas, en consumir sus medios y recursos, y en exigirles dado, ó de prestado, que era una cosa misma, la subsistencia de sus tropas. Cercana ya á verificarse la paz del continente, mas suspensa despues é incierta la paz con Inglaterra, la ocupacion del Portugal debia ofrecer un medio á Bonaparte para mantener á expensas de aquel reino, y á expensas tambien nuestras, una parte de su ejército. En la Italia, en la Holanda, en la Suiza, en todas partes se veian ejemplos de esto. «¿Qué » remedio, decia yo á Cárlos IV, para evitar tantos » peligros y gravámenes, sino anticipar nosotros la » invasion proyectada, y tentar de reducir el Portu- » gal, antes que la asistencia de nuestro aliado pue- » da ser para nosotros una plaga y una ocasion de » diferencias y disgustos? Todo pende de un punto; » de llegar nosotros antes y obtener de mano nues- » tra el objeto principal de esta demanda. No prepa- » rado el Portugal á la defensa, poco importará que » nosotros nos hallemos tambien mal dispuestos; las » tropas españolas saben hacer milagros; con tres » mil hombres solamente, casi desprevénidos para » hacer la guerra cuando la hicimos á la Francia,

» invadimos el Rosellon y obtuvimos ventajas que
» mas tarde no se hubieran conseguido. ¿Quién le
» estorba á España dar un golpe de mano, que abre-
» vie el compromiso en que ahora estamos? Los in-
» gleses ocupados y empeñados largamente en el
» Egipto, no podrian venir tan de lleno ni tan pron-
» to á socorrer á sus amigos: desprevenidos éstos
» para oponernos una grande resistencia, un esfuer-
» zo arrojado de parte nuestra podria dar fin á las
» disputas, y apartar de esta obra la intervencion de
» los franceses.»

« Tu pensamiento es excelente, me dijo Cár-
» los IV; ¿pero á quien acudirémos por dinero, y
» dinero de pronto? » « A las santas iglesias, res-
» pondí al instante: el clero mas que nadie tiene que
» temer de las idas y venidas y de las mansiones lar-
» gas de franceses en nuestro territorio; con el fre-
» cuente trato podrian aclimatarse sus doctrinas: los
» franceses no pagan diezmos, sus ejemplos no le
» convienen. Se les podrá pedir á los cabildos que nos
» presten, á descontar sobre el noveno extraordina-
» rio que nos tiene el papa concedido. Con la hipoteca
» en su mano para reintegrarse, serán menos difi-
» les, y su lealtad probada nos acudirá en este apu-
» ro cuya pronta terminacion les conviene á ellos no
» menos que al estado. »

« Mas si carecen de dinero para aprontarlo de
» contado, replicó Cárlos IV, ¿qué nos servirá su
» lealtad por mas que quieran esforzarla? » — « Bus-

» carémos, dije yo, quien les preste. La situacion
» del clero es mejor que la nuestra: sus rentas y sus
» medios sobrepujan hoy dia en mas de una mitad
» los recursos de la corona, y estas rentas y sus pro-
» piedades le aseguran un crédito, que por ahora no
» disfruta nuestra hacienda. Para prestar hay gran-
» des capitales en España que carecen de empleo; lo
» que falta es la confianza en el gobierno por los
» yerros que han sido cometidos; pero estando el
» clero casi intacto, y respondiendo con sus rentas,
» sobrará dinero: despues de esto, si el clero no bas-
» tare, ofrecerémos libramientos sobre América. Y
» en resúmen, si al fin de todo, aunque la guerra
» se retarde, es preciso buscar medios para haber de
» hacerla, busquémoslos de pronto, y aun asi ahor-
» rarémos muchos gastos que traeria el retardarla.
» Invadamos el Portugal sin perder la coyuntura
» del momento, y evitemos, si es posible, que los
» ingleses tengan tiempo de venir á socorrerle: evi-
» temos tambien, si nos es dable, que los franceses
» tengan tiempo de venir á ayudarnos y á mezclar-
» se con nosotros, seamos dueños en nuestra casa
» cuanto pueda estar de nuestra parte.»

«Yo convendré contigo, dijo el rey; pero tú no
» has querido ponerte nuevamente al frente del go-
» bierno: los que deben obrar segun tu pensamien-
» to, ¿acertarán á ejecutarlo? ¿No podrá frustrar la
» intriga tus proyectos, no siendo tú quien mande?
» ¿Te querrás encargar de este negocio y hacerlo

» tuyo enteramente? Yo te daré mis facultades cuan-
» to sean necesarias. Tú nos sacaste con honor de la
» guerra con la Francia, haz otro tanto ahora; si el
» rogártelo no es bastante, me obligarás á que te
» lo ordene. ¿No me lo debes todo como me has
» dicho tantas veces? ¿No tendré yo el derecho de
» exigirte que sacrifiques tu amor propio y que me
» sirvas?»

Y he aquí la mano del destino que me cogió en sus redes sin ser dueño de evitarlas. Llámennla ambicion los que quisieren, la admision de aquel encargo; yo les diré y les probaré que no hubo en esto sino amor á mi pátria y amor de Cárlos IV. Nó, ambicion no podia ser el encargarme de una empresa cuyo éxito feliz pendia de un dado, y en contra de la cual se amontonaban los azares para verme humillado si la suerte no venia en mi amparo. Yo le admití y cerré mis ojos á los riesgos en que me empeñaba, riesgos que esquivaron otros mas cuidadosos de sí mismos (1).

(1) Uno de los generales que rehusaron encargarse de esta guerra fué don José Urrutia, sobre el cual debian fundarse muchas esperanzas. Resistió encargarse de ella por la conviccion en que se hallaba de que faltaban medios para emprenderla con suceso. Muchos han dicho que el motivo de excusarse fué desdeñar hacer la guerra bajo mis órdenes. Díganlo asi mis enemigos; pero nadie ignoró entonces que los primeros generales á quien el rey se dirigió para organizar de nuevo nuestro ejército y tomar el man-

Mis primeros pasos, mientras se empezó á avivar el armamento y á buscar caudales, fueron dirigir al gobierno portugués nuevas instancias en que se apuraron todos los recursos amistosos. Los portugueses no ignoraban nuestra escasez de medios, y creyendo mas distante el golpe que el amago, mientras trataban á escondidas con el gobierno inglés de socorros militares y subsidios, procuraban ganar tiempo con nosotros por medio de rodeos y de falsas negociaciones que rayaban ya en burla y en desdoro nuestro. Por el mes de febrero aun era tiempo de mediar con la Francia y contener la guerra; Cárlos IV, de propia mano, le escribió á su hija y al príncipe regente, primero con ternura, despues con amenazas; todo inútil. Malogrados tantos oficios de la amistad y el parentesco, á 28 de febrero de 1801 se declaró la guerra á la reina fidelísima (1).

do de las tropas en los mismos dias de Urquijo, fueron don Gregorio de la Cuesta, amigo especial suyo, y despues don José Urrutia, y que uno y otro presentaron sus excusas. El príncipe de Castelfranco rehusó igualmente. Mi admision del mando fué despues con mucho, casi á fines de enero de 1801.

(1) Entre las falsedades introducidas en la obra póstuma del general Foy *sobre la guerra de Napoleon en la Peninsula*, una de ellas es decir que yo estorbé un arreglo pacífico entre Portugal y España. Por el interés de la paz, y mucho mas por evitar el abrir nuestras fronteras á las tropas francesas, se perdieron dos meses en negociaciones nuevas, que pudieron comprometernos dando tiempo

La córte portuguesa, perpleja un poco tiempo, ó mas bien simulando turbacion y embarazo mientras aparejaba su defensa, respondió á fin de abril con energía y con bríos no esperados. Todo el reino fué llamado, como en los dias antiguos, para alzarse en masa y organizar las *ordenanzas* (1). Se convocaron las milicias; ademas de un subsidio de trescientas mil libras que habia enviado la Inglaterra, para aumentar los medios pecuniarios, se llevó á carros plata y oro á la casa de la moneda, parte de los palacios reales; se aumentó la paga á los soldados y se pertrechó el ejército sin perdonar ningun dispendio.

mientras tanto al Portugal para disponer su defensa y obtener auxilios de Inglaterra. Véase entre los documentos justificativos (número 1.º) el *manifiesto de guerra* publicado en nuestra córte. Allí se hace constar circunstanciadamente la multitud de oficios amistosos y de esfuerzos pacíficos que se practicaron con la córte de Portugal, á pesar de las instancias belicosas de la Francia.

(1) Los portugueses, por las leyes fundamentales del pais, eran todos soldados hasta los sesenta años para defender el reino. Se distribuía el paisanage en compañías de doscientos y cincuenta hombres. Todo paisano debía tener un *chuzo*, sin perjuicio de las demas armas que podria procurarse: carecian pocos de arcabuces. Derramados en las asperezas, en las alturas, en las gargantas y en las sendas dificiles, hacian la guerra de partidas, causando mucho mas estrago al enemigo que las tropas de línea. En la guerra de la *aclamacion*, cuando sacudió el Portugal el yugo de la España, á esta milicia ciudadana debió el pais sus grandes triunfos y su libertad en las veinte y

«Portugueses, decia el príncipe del Brasil en su ar-
»rogante manifiesto, se os quiere degradar obligán-
»doos á entregar vuestros puertos y á dejar de ser
»dueños de vuestro comercio.... Una nacion que su-
»po resistir á los Romanos, conquistar el Asia, abrir
»camino nuevos en los mares, sacudir el yugo
»de los Españoles, recobrar su independendencia y
»mantenerla á fuerza de combates, sabrá hacer ros-
»tro ahora á los peligros nuevos y renovar los gran-
»des hechos de su historia.... Portugueses, ¡á las
»armas! Hagamos ver al enemigo que está arraiga-
»do en nuestras almas el valor de nuestros padres.»

El ejército portugués conservaba una parte de las tropas veteranas que nos acompañaron en nuestra guerra con la Francia. Cuando despues, el gobierno portugués, hecha ya nuestra paz con la nacion francesa, y obtenido por nuestra mediacion con la república el tratado ventajoso de neutralidad que

siete campañas que sostuvo. En la guerra de *sucesion* esta misma milicia fué la que en 1704 y 1705 hizo inútiles las conquistas de Felipe V. siéndole mas fácil tomar las plazas que dominar el pais abierto. Igual dificultad y resistencia hallaron en 1762 el marqués de Sarria, el príncipe Beauvau, y el conde de Aranda. El único suceso de importancia que lograron las armas combinadas españolas y francesas fué la toma de Almeida. La guerra de posiciones y de marchas y contramarchas que nos hizo el conde de Lippa, en que tuvimos mil quebrantos, fué sostenida principalmente por el paisanage armado.

concluyó en Paris don Antonio Araujo de Acevedo, se negó á ratificarlo, temerosa aquella córte del enojo de la Francia y apegada siempre á la Inglaterra, se ocupó con teson del aumento del ejército, y el ministro de estado don Luis Pinto consiguió restablecerlo y poner el Portugal bajo un pie respetable de defensa. Cuarenta mil hombres de todas armas, de caballería unos seis mil, cuatro regimientos de artillería, parte de ella de á caballo, y un cuerpo de ingenieros, componian en 1801 la fuerza regular del ejército de línea, sin contar las milicias. De tropas extranjeras habia entonces cuatro regimientos de emigrados franceses, Dillon, Castries, Mortemart y el Loyal Emigrant: de ingleses no existia sino un destacamento de dragones. El duque de Lafoens fué encargado del mando del ejército. Entre los demas gefes figuraban con especial reputacion el general Frazen que mandaba los cuerpos extranjeros, Juan Dordaz, Miguel Pereira Forjas, Gomez Freire de Andrade, el marqués de Alorne, el conde de Goltz, Carlet de la Rosière, Julio César Augusto de Clermont, Matias José Diaz Acedo, y otros muchos oficiales que se distinguieron en los Pirineos. El gabinete portugués instaba vivamente á la Inglaterra por la pronta venida de las tropas auxiliares que le habia aquella prometido; pero los ingleses, dando entonces toda su atencion á los negocios del Egipto, buscaron un camino para eludir por el momento el envío de aquel socorro, señalando por

condicion que un general inglés tomase el mando de las tropas nacionales y extranjeras. El honor portugués resistió aquel desdoro de sus armas, y el gabinete de Lisboa altercaba con el de Londres sobre aquella condicion inadmisibile quando comenzó la guerra.



CAPITULO VI.

Continuacion del anterior.—Triunfos de nuestras armas.— Paz de Badajoz entre España y Portugal.— Cuestiones penosas acerca de esta paz con Bonaparte.— Nuestra firmeza en sostenerla y en impedir hostilidades nuevas de parte de la Francia.— Avenimiento definitivo del primer cónsul.— Paz de Francia y Portugal.— Gestiones eficaces y perentorias de nuestra parte para la retirada de las tropas francesas.— Partida de éstas.— Observaciones sobre nuestra guerra de Portugal.

Cuando en 26 de abril publicó su manifiesto el príncipe regente, nuestras tropas amenazaban ya el Portugal por tres puntos de su frontera; sobre el Miño por la Galicia, sobre los Algarbes por la provincia de Sevilla, y sobre el Alentejo por la Extremadura. La derecha del Tajo estaba reservada á los franceses, que aun no habian pasado el Bidasoa. Nuestras fuerzas, cuantas se pudieron reunir para

la guerra sin desguarnecer las plazas ni perder de vista el campo de San Roque y el litoral de Cádiz, componian un total de sesenta mil combatientes, contando en este número las compañías de granaderos y cazadores de las milicias provinciales. El ejército de Galicia reunia veinte mil hombres, pronto á obrar si lo exigian las circunstancias, pero inmóvil mientras su concurrencia no fuese necesaria, y encargado tambien de observar á los franceses á lo largo: el marqués de San Simon tenia el mando de estas tropas. En Ayamonte amenazaban diez mil hombres los Algarbes bajo el mando de don José Iturrigaray, ambos dos ejércitos bajo mis órdenes. El de Extremadura, á mi mando inmediato, subia á treinta mil hombres.

Bonaparte ansioso de dirigir aquella guerra á medida de su deseo, envió á Madrid al general Gouvion St.-Cyr en calidad de embajador extraordinario; su mision ostensible era de asistir al gobierno con sus luces y su experiencia en la direccion de aquella guerra, é invigilar él mismo sobre las operaciones del general Leclerc, comandante de las tropas auxiliares. La intencion del primer cónsul era buscar que el rey, atendida la fama del general St.-Cyr, altamente acreditado en las guerras de la república, le defiriese el mando superior de nuestras tropas; pero anteviendo el rey las pretensiones de esta especie, directas ó indirectas, que podria tentar la Francia, no por mí, mas por honor de las

armas españolas, por la seguridad del reino, y para apartar hasta las apariencias de dominio que podrian tomar ó afectar entre nosotros los generales extranjeros, me habia nombrado ya generalísimo. El general St.-Cyr, que á sus grandes merecimientos y á sus nobles prendas personales añadia la modestia, se ciñó á mostrar sus planes y á tener conferencias con nosotros. Por la parte de España se accedió á sus deseos de dejar á las tropas auxiliares la derecha del Tajo, encargándonos nosotros de la izquierda. El general St.-Cyr quiso mas, y era que de nuestra parte no se moviese nada hasta la llegada del ejército francés, y que se hiciese la invasion á un mismo tiempo por las armas combinadas. «Pero la empresa es de la España, le repuse yo, y la Francia en este caso es solo auxiliar suya. Es honor nuestro abrir el campo; de otra suerte podrian decir los enemigos que las armas españolas se tenian por impotentes ellas mismas sin la asistencia de la Francia.» Mal que le pesase, el general St.-Cyr no podia hacer mas que conformarse. Yo partí á Badajoz á principios de mayo; los instantes se me hacian siglos.

Todo se hallaba listo menos la artillería y el material de trenes de campaña que llegaban á duras penas, tirada aquella en parte hasta por bueyes. Los almacenes se llenaban; caballos, mulas y jumentos, no importaba lo que fuese en siendo pronto, nos traian la abundancia y afluián de todas partes: el órden que se puso en la hacienda del ejército

aumentaba las subsistencias, la alegría y el espíritu de la tropa, bien vestida ya, bien calzada y con dos pagas de adelanto, respondia de los sucesos del ejército. Para todo habia habido. Los cabildos eclesiásticos, cada cual como pudo, correspondieron dignamente, y el comercio adelantó las sumas que faltaban; el comercio español, que nunca desairó mis ruegos ni dudó de mis promesas y palabras, porque nunca se vió engañado cuando daba yo la cara. ¿Y por qué no lo diré, ó excusaré jactarme de esto, mas que en lisonja mia en alabanza de los españoles todos, generosos y magníficos cuando son tratados sin fiereza, con el decoro que ellos aman? yo que á nadie intimidaba, de quien nadie oyó una amenaza en ningun tiempo, y que jamás usé ni un amago de violencia, puertas y arcos las hallé de resto siempre para el servicio del estado!

La primer mitad del mes se la llevó el arreglo de los cuerpos del ejército. La vanguardia fué puesta al mando del marqués de la Solana; las demas tropas se formaron en cuatro divisiones, mandadas, la primera por don Diego de Godoy, mi querido hermano; la segunda por don Ignacio Lancaster; la tercera por el marqués de Castelar; la cuarta por don Javier Negrete. Con las tropas rezagadas que llegaban de los puntos mas distantes se ordenaba una reserva. Yo no aguardé mas tiempo; Dios delante, me dí prisa á cumplir mis designios: diez y ocho dias bastaron para darles cima. El 20 de mayo

señalado para la marcha, desembocó el ejército en Portugal con solemne aparato y batió el campo, ahuyentando á los enemigos, encerrando en Yelves y en Campomayor las guarniciones de estas plazas, y tomando á su anchura las posiciones convenientes para asediar entrambas fortalezas. Olivenza y Jurumeña, intimadas aquel dia mismo, y dispuesto el asalto por las tropas de Castelar prontas ya á realizarlo, capitularon una y otra; Jurumeña mas tarde, á media noche (1). La guarnicion de Yelves se sostuvo con honor mas de dos horas, protegida por el fuego de la plaza y de una batería bien servida y apuntada en la cresta del bosque. Nuestra artillería ligera consiguió desmontarla, y una parte de nuestras tropas destacadas de la vanguardia, persiguió al enemigo hasta la plaza y le obligó á encerrarse. Nuestros tiradores entraron en los mismos jardines de los fosos. Intimado el gobernador, respondió como debia en una plaza de las principales de la Europa. El de Campomayor, plaza tambien de mucha fuerza, respondió de igual modo. A ésta le hice poner el cerco desde el dia siguiente, destinada á este efecto la cuarta division al mando de

(1) Jurumeña estaba en buen estado. En Olivenza, reparados ya como se hallaban sus nueve baluartes, faltaba todavía igual reparo á sus obras accesorias. Quince dias mas tarde, las dos plazas podrian haber opuesto mucha resistencia.

Negrete. Yelves quedó asediada enteramente. Santa Olalla, Barbacena, San Vicente y cuantos puntos le podian servir de apoyo ó de correspondencia, fueron ocupados por la segunda division al mando de Lancaster.

El duque de Lafoens, sin moverse de su asiento, hizo replegar su division de la derecha, colocó detrás de Arronches su vanguardia, su caballería en Alegrete, y el resto de sus tropas las mandó situarse en escalones hasta Portoalegre. Yo esperaba una accion bien empeñada de su parte, y arriesgada para nosotros si las guarniciones de las plazas correspondian al movimiento que intentaba el duque. Campomayor era batida con esfuerzo, pero sin guardar las reglas de un sitio puesto en forma: nuestras líneas no tenian casi mas defensa que las armas. Era ya el 28: noticioso yo de que el 3o era el dia señalado para el ataque general de nuestras posiciones, resolví anticiparme y cargué el 29 sobre Arronches. La guarnicion de aquella plaza fuerte casi de dos mil hombres de tropas veteranas, ó fuese por estar mal segura de poder defenderla sin el auxilio de las tropas que debian mostrarse el 3o, ó creyendo mas bien que el ataque general se comenzaba ya por otros puntos, dejó la fortaleza para hacernos frente á campo raso, cierta de tener á poco trecho detrás de ella la vanguardia del ejército. Llegó en efecto ésta y la caballería enemiga cubriendo sus dos alas. Nuestras tropas ligeras de vanguardia

y algunos escuadrones de la division primera nos bastaron para ahuyentar á los que en grande fuerza habian de sostener á los de Arronches : la caballería enemiga , huyendo á toda brida desde el primer encuentro, desbarató los batallones que venia cubriendo ; la fuga de estos fué precipitada : la guarnicion de Arronches cortada de la plaza , retirándose de un punto á otro , y aguardando el socorro , nos hizo frente un poco tiempo , pero en vano. Unos trescientos hombres quedaron fuera de combate entre muertos y heridos , otro número casi igual quedaron prisioneros ; los demas pudierou escaparse amparados de las malezas y con mejor conocimiento que nosotros de las sendas y los rodeos de aquel terreno. Arronches fué ocupada por nosotros.

El alcance le fué seguido al grueso del ejército por la misma vanguardia , por la primera division y una media brigada de artilleros á caballo. La dispersion fué completa. El campo de la Espada donde se hallaba el mayor número y al cual venian á refugiarse los que huian de todas partes , quedó limpio de enemigos. Sobrevino una niebla , y fué tal la confusion , que ellos mismos se hacian fuego los unos á los otros. Los pueblos de Asumar , Alegrete y Portoalegre fueron ocupados por nosotros ; el suelo estaba lleno de morrales y fusiles : la artillería , las municiones , los repuestos y las tiendas del cuartel general , con mas la caja del ejército , todo fué nuestro en pocas horas. Prisioneros hicimos pocos,

porque huían desde lejos. El duque de Lafoens se retiró á Gabion donde logró reunir doce mil hombres. La desercion fué inmensa.

Nuestras tropas, de un triunfo en otro, no pararon hasta el 6 de junio. El dia 2, amenazada del asalto, se rindió Casteldevide: el dia 4 fuimos dueños de los principales almacenes del ejército enemigo, tomados, no de balde enteramente, en Flor de Rosa. El marqués de Mora, con algunos escuadrones, cuatro piezas de artillería y hasta unos dos mil hombres de infantería ligera, perseguia la retirada de los enemigos en direccion á Crato donde estos parecían reunirse y hacer alto. Llegado á Flor de Rosa encontró un destacamento del ejército enemigo que apostado ventajosamente por detrás de las cercas, y dueño del camino real con una batería que dominaba el campo, se estaba dando prisa á evacuar los almacenes que tenia en aquella aldea. Cincuenta carros estaban ya cargados cuando embistieron nuestras tropas. Estas corrieron á la bayoneta sobre la batería, se hicieron dueños de ella, y tomado el camino real dispersaron al enemigo en los derrumbaderos y en los bosques. Los que guardaron formacion en la huida, cayeron prisioneros en Aldea de Mata con el general que los mandaba y un gran número de oficiales; los dragones ingleses que debían protegerlos escaparon á rienda suelta. La artillería, las municiones, el convoy, los almacenes y un cuantioso repuesto de pertrechos de

guerra que quedaban en Flor de Rosa , quedó todo en poder nuestro. Los fugitivos llevaron el temor y el desórden á las tropas que habia en Crato : estas, creyéndonos encima se desbandaron igualmente. El duque de Lafoens retiró entonces sus cuarteles hasta Abrantes, y el ejército portugués disminuido en mas de una mitad, pasado el Tajo, se situó entre el rio y aquella plaza. Campomayor se rindió el 6 (1), y la plaza de Oguella capituló en el mismo dia. No nos quedaba ya sino Yelves para dominar enteramente el Alentejo; la artillería de sitio acababa de

(1) Aunque sin brecha abierta , casi todos los fuegos de la plaza estaban ya apagados, los parapetos que miraban á las baterías del ataque totalmente destruidos, y un gran número de edificios arruinados. Falto todavía nuestro ejército de la artillería de batir necesaria para un sitio en toda regla, se prefirió establecer baterías de incomodidad, y éstas suplieron abundantemente para estrechar la plaza. Nuestros medios estuvieron reducidos á diez cañones de á veinticuatro, seis de á diez y seis, un mortero cónico de á diez pulgadas, otro de á doce, y dos obuses de á ocho. Nuestro fuego en los diez y seis dias que duró el sitio, fué de cinco mil setenta y seis balas de á veinticuatro, tres mil doscientas sesenta y seis de á diez y seis, ciento ochenta y dos bombas de á nueve pulgadas, tiradas aquellas por el mortero de á diez por no haberlo de á nueve, setenta y cinco de á doce, y mil doscientas y diez y siete granadas de á ocho y seis pulgadas. El fuego de los enemigos fué una mitad del nuestro. Sin la dispersion del ejército, Campomayor hubiera resistido mayor número de dias.

llegarnos de Sevilla. Nuestra línea se extendía de derecha á izquierda desde el rio Sebal hasta el Guadiana pasando por los puntos de Louva, Alpalhon, Golfete, Montecamino, Aldea de Mata, Seda, Ezvedal, Vunieyro, San Gregorio, Evora, Provenza mayor, Villaviciosa y Rio Perala.

En tal estado, pronto ya á pasar el Tajo nuestro ejército, la paz nos fué pedida. El gabinete portugués se avino á recibir las condiciones que desde un principio le habia propuesto nuestra córte. Autorizado yo plenamente por el rey y en perfecta conformidad con el embajador francés Luciano Bonaparte, que asistió á las conferencias, se acordó celebrar dos tratados, uno entre las dos córtes de Portugal y España, y otro entre el Portugal y la república francesa sobre las mismas bases esenciales que el de España, con recíproca garantía de las dos córtes aliadas como si fuesen uno solo, salvo luego los artículos especiales que serian estipulados en cuanto á los intereses respectivos y las diferencias accesorias concernientes á España y Francia (1). El artículo esencial y el fundamento de los tratados fué la exclusion de los navíos y del comercio de Inglaterra, ofrecida

(1) Yo propuse este medio de tratar en union con la Francia, pero en piezas separadas, pretextando la necesidad de fijar á parte cada una de las dos potencias los artículos que les concernian exclusivamente, evitando por este modo complicarlos. Al embajador francés le convino bien esta medida porque tenia órden de exigir indemnida.

y consentida sin ninguna excepcion por el príncipe regente en todos sus dominios. Los artículos accesorios que propuso y exigió Luciano Bonaparte con respecto á la Francia, fueron discutidos y arreglados en perfecta conformidad con el ministro portugués (1), relativos estos á una nueva demarcacion del territorio en las Guyanas, y á la indicacion de un tratado de comercio que deberia ajustarse entre las dos naciones, junto á estos otro artículo especial concerniente á indemnidades. Los especiales nuestros, fueron relativos á la reunion perpetua de Olivenza y su distrito á la corona de Castilla; á la restitution al Portugal de las plazas y poblaciones de Jurumena, Arronches, Portugalete, Castelvide, Barbacena, Campomayor y Oguela con las demas ciudades, villas y lugares conquistados; á la obligacion impuesta al gobierno portugués de no permitir de modo alguno, á lo largo de sus fronteras con la España, depósitos de géneros de contrabando; al resarcimiento de los daños que en connivencia con las armas inglesas habia causado el Portugal á los súbditos españoles; á la restitution recíproca de las pre-

des del gobierno portugues por gastos de armamento y compensacion de daños y agravios recibidos. Mi intencion reservada fué que el tratado de España, una vez hecho separadamente, no necesitase ser ratificado por parte de la Francia.

(1) Don Luis Pinto de Sousa Coutiño, ministro y secretario de estado de los negocios de Portugal.

sas ilegales que de una y otra parte hubiesen sido hechas; al reintegro á la España de los gastos causados por las tropas portuguesas durante la guerra de los Pirineos que aun se hallaban sin pagar; y á la renovacion de la alianza defensiva que antes de la guerra existia entre España y Portugal, clausulada nuevamente y puesta en armonía con los vínculos que unian á España y Francia. Junto á estos artículos añadí otro que es el noveno, concebido en estos términos: «Su Magestad Católica se obliga á »garantir á S. A. R. el príncipe regente de Portugal »la conservacion íntegra de sus estados y dominios »sin la menor excepcion ó reserva (1).» Este artículo, cuyo objeto parecia á primera vista dirigirse contra las invasiones que podria tentar la Inglaterra en los dominios portugueses, lo concebí otro tanto en el designio de impedir que los franceses, por su parte, intentasen invadir el Portugal ellos solos, dado el caso, como podia darse, que el primer cónsul, disintiendo de con nosotros, no aprobase el tratado, paralelo con el nuestro, que su hermano habia ajustado.

De esta suerte, en la guerra y en la paz, desempeñé la confianza con que tuvo á bien honrarme Carlos IV. Dice el libro de M. Foy que esta guerra yo la habia querido «porque tuve un antojo de

(1) El texto entero y literal de este tratado se hallará entre los documentos justificativos al número 2.º

» gloria militar, y se me vino la ocasion de adquirir la á poca costa (1). » Si tal antojo hubiera yo tenido, y por antojo hubiera obrado, nada hubo que me estorbase seguir, pasar el Tajo y llegar á Lisboa antes que los franceses tocasen la frontera de aquel reino; nada habria impedido que el marqués de San Simon, con mas que triples fuerzas de las que tenia delante, hubiese penetrado y ocupado á Oporto; mucho menos en los Algarbes en donde no habia fuerzas suficientes para impedir que nuestro ejército de Andalucía los hubiese invadido y que hubiese ocupado á Faro y á Tavira. Con tan solo haber llamado los cuerpos ordinarios de milicias que aun quedaban en España, nos habrian sobrado fuerzas para mantener estas conquistas, junta despues con esto la cooperacion de los franceses que llegaban. Pero en vez de conquistar en pocos dias un reino (gloria que hubiera yo buscado por el bien de España si la empresa hubiera sido de ella solamente) preferí otra mas segura, aunque menos brillante de laureles y apariencias, que era librar mi pátria de la *aparcería* de esta conquista con un hombre como Bonaparte, excusar á la España la permanencia indefinida de las tropas francesas en el suelo de la Península, y ponerla á cubierto de los proyectos y caprichos que podian

(1) Histoire de la guerre de la Péninsule sous Napoléon, tomo II, pág. 96.

venir en tanto á la ambicion inquieta y movediza de aquel hombre, para el cual el comercio y los trueques de pueblos y provincias eran la misma cosa que un juego de baraja. Tal fué la sola gloria que buscaba, gloria solo de mi lealtad, de mi conciencia, de mi amor á la pátria sobre todas las demas cosas; gloria empero mal estimada de los que cuentan solo su grandor y sus quilates por la sangre deramada y el estrago de los pueblos.

Empresa mas difícil que conquistar el Portugal, fué luego para mí sostener el tratado que habia hecho. Bonaparte creyó acudir en tiempo para impedir que Cárlos IV lo ratificase, y se negó á aprobar el de Luciano (1). La órden vino al general St.-Cyr para disuadir al rey y empeñarlo en la guerra nuevamente; pero por pronto que llegase aquella órden, la ratificacion de Cárlos IV estaba dada. Todavía para apartarlo del violento influjo que el general francés podia ejercer sobre su ánimo, intenté y logré que el rey viniese á Badajoz á saludar sus tropas: estando al lado suyo no temí ya nada. El general St.-Cyr, no tan solo halló cerrados todos los caminos para doblar á Cárlos IV, sino que se vió obligado pues á suspen-

(1) Todos los que han escrito sobre aquel suceso han cometido un grave error al referir que Bonaparte se negó á ratificar el tratado de la España. Nuestro tratado, como dejo dicho, fué hecho á parte del de Francia. Bonaparte no tenia por tanto que ratificar sino el echo por su hermano.